DON JOSE LOUSTAU, LA UNIVERSIDAD Y LA ACADEMIA

Bajo infausto signo comenzó el año actual de 1965 para estas dos grandes Corporaciones murcianas. En los días preliminares de Enero se produjo en nuestra capital el lamentado óbito de una persona del mayor relieve en el marco de la cultura científica. El honorable y Excmo. Sr. Don José Loustau y Gómez de Membrillera, catedrático ya jubilado de la Facultad de Ciencias, Decano de la misma y ex-rector de nuestra Universidad, por una parte, y miembro prestigioso de nuestra Academia Murciana de Alfonso X el Sabio, por otra, sucumbía a los ruinosos e incontenibles avances de la situación valetudinaria de sus años últimos, dejando en ambos reductos culturales un doble vacío irreemplazable; desierta la cátedra de su docente, fértil, e investigadora permanencia, y desocupado el sillón académico que dignificó durante algunos años con asiduidad diligente.

Huecos, ambos, difíciles de reponer por el particular resalte que la figura del señor Loustau representaba en el friso de la vida local, y de quien pudiera decirse que, desarrollada la mayor y mejor parte de su vida y actuación en Murcia, fue merecedor de ser considerado como un hijo selecto de adopción de esta tierra que le sirvió de largo y amplio estadio.

Extremeño, rozando casi a lusitano, de aquella región occidental ibérica, tenida por espejo de hidalguía, nació en la fronteriza villa de Valencia de Alcántara en el año 1889. Dotado de una franca vocación y aptitudes para los estudios experimentales, hizo sus estudios de Licenciatura y Doctorado de Ciencias en Salamanca y en Madrid, y pronto estuvo preparado y en sazón para opositar y obtener, en 1916, la cátedra de Mineralogía y Botánica del Preparatorio de Ciencias y Farmacia de nuestra flamante Universidad, a la que se le acumuló después el encargo de la disciplina de Zoología que, por haber marchado a enseñar a Norteamérica, dejó de desempeñar aquí el eminente doctor Fernández Nonidez.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Al crearse, posteriormente, en nuestro primer centro docente, la Sección Completa de Ciencias Químicas, vino a quedar el señor Loustau en la renovada adaptación del profesorado, como Catedrático numerario de Biología, con acumulación de la asignatura de Geología.

Sin haber hecho él aquí vida política activa ni partidista, sino puramente consagrado a sus laboratorios y enseñanzas, en una situación gubernamental liberal, fue nombrado por el Ministerio correspondiente y R. D. de 7 de Junio de 1918. Rector de esta Universidad; nombramiento bien acogido y respetado, que recaía ya en un catedrático numerario, de oposición y propiedad, y refrendado en 1921 por elección del Claustro; en cuya posición y disfrute estuvo hasta el nefasto año de 1936, con el solo paréntesis circunstancial de los años 1929 y 1930, en que estuvo voluntaria y prudentemente dimitido, mientras se capeó un enojoso temporal que amenazó la vida misma de la Universidad.

A los pocos años de establecido aquí, contrajo matrimonio con una de las más bellas y cultas señoritas de la buena sociedad murciana, con quien tuvo ocasión de entablar trato y especiales relaciones en una memorable fiesta cervantina dada en nuestro Coliseo Romea con fines benéficos y con inusitado esplendor.

Se mantuvo lleno de prestigio y consideraciones en su exclusiva función docente y rectoral, ajeno a actitudes o posturas concretas de proselitismo político, respetado en todas las situaciones, aun en los cambios de régimen; y siempre rehusó investiduras o cargos extraños a su misión oficial. Pero, al acontecer el gesto conmutador del general Primo de Rivera, en la España de 1923, con la desaparición de los partidos y cambio de mandos, fue llamado por la autoridad militar, en su doble condición de hombre íntegro e inédito, como elemento preciso en el montaje político local, y nombrado Presidente de la Diputación Provincial, en cuyo puesto, llevado con tacto y probidad ejemplares, se mantuvo desde enero de 1924 a septiembre de 1926, en que dimitió voluntariamente y por un gesto de delicadeza personal, volviendo a consagrarse después a su inalienable Rectorado.

El estallido de nuestra guerra cruenta y ciega de obstinación, le sorprendió de vacaciones estivales en su tierra natal, lejos de este ambiente murciano de exaltada violencia, en donde quizás hubiese podido correr algún riesgo, por parte de los energúmenos; y así, pudo, desde el primer instante del Glorioso Alzamiento, servir a la auténtica España, con su prestación personal en el campo de la enseñanza, y la de sus hijos varones en el de las armas. Vuelto indemne en 1939 a nuestra Universidad, después de la Victoria, fue nombrado Decano de la Facultad de Ciencias, título que ha conservado hasta su muerte.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

Su dedicación personal íntegra al estudio y la investigación se patentizó desde que, recién elevado a la cátedra, joven moreno, de estatura y aspecto aquijotados, porte noble y paso largo, apareció por los gabinetes del Instituto murciano donde tuvo sus aulas primeras, hasta que luego, en sus maduros y últimos años, pasaba casi todas las horas del día en sus laboratorios de la Facultad, enriquecidos de material científico bajo su Rectorado, de modo excepcional, a tal punto que su silueta puede decirse que se fijó y quedó estereotipada en una magrecida figura de gafas y bata blanca, sentada y como abstraída junto a un microscopio, ávida tenazmente del detalle analítico. Y en esta texitura experimental y didáctica se desenvolvían siempre sus clases académicas, gratas, amables y eficaces para el alumnado.

Fruto de esta labor serena y cotidiana, y medios de difusión de sus conocimientos que iba ampliando y sintetizando, fueron sus libros, ya elementales, ya fundamentales, que para texto y orientación o consulta de discípulos y escolares dejó publicados durante el tiempo de su magisterio facultativo: «Método sencillo para la determinación de las especies minerales» (Murcia-Tip. J. A. Jiménez-1920); «Tratado de Geología y Mineralogía», «La sociabilidad de los animales»; y en materia de conferencias y discursos académicos, hay que recordar como importantes, además del que le correspondió escribir en inauguración oficial de curso, los que en fechas distantes hizo, y fueron publicados, para idénticas solemnidades de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, entre otros. Campea en todas estas producciones una copiosa solidez de bases de conocimiento, una claridad de método y exposición y un logrado fácil esfuerzo por amenizar en lo posible las más áridas estepas de las disciplinas científicas, prestándoles atrayente interés y receptibilidad en la mente y la memoria. Bajo estos puntos de vista, su obra mentada sobre las convivencias zoológicas, es justamente famosa.

Abierto a todos los vientos de la cultura, además de asistir y presidir a cuantas lecciones o cursillos variados, de cierta importancia por los disertantes o las materias (actos que bajo su mandato rectoral se sucedían sin casi interrupción durante los cursos, en las distintas Facultades), fomentaba y conseguía la intervención de los más eminentes profesores especialistas españoles y aun extranjeros, organizaba empresas y concursos de extensión universitaria, concediendo premios y ayudas escolares en épocas en que aquéllos escaseaban; y poniendo siempre en contacto la ciudad con el medio superior universitario. Es cierto que tuvo, en largas ocasiones, para todo ello, excelentes colaboradores en su claustro profesoral y dependencia administrativa, y que no le faltaron nunca la adhesión, simpatía y estímulos de la prensa y de la gente en general, que hizo de él, sin mengua del res-

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"

peto a su jerarquía, un Rector popular; pero él siempre procuró no eludir ni la iniciativa ni la vanguardia.

No hay que olvidar que a él se debió en la España contemporánea, en lo que iba de siglo, cuando rigió nuestra Universidad, la reviviscencia de los antiguos y clásicos Colegios Mayores Universitaros españoles, fundándose en Murcia el primero de estos retoños, ahora tan proliferados, aun en una casa de pisos y parcialmente, cercana a la Universidad, y en el Barrio donde entonces radicaba, y con sucinta limitación de medios.

En la última etapa de su vida, a cuyas legítimas satisfacciones y tranquilidades, comenzaron a mezclarse algunos inevitables sufrimientos familiares, exento ya de mando y responsabilidades, bien instalado, y sin más atenciones que su cátedra, su familia y su amistosa tertulia; gozando ya de su bien ganado prestigio social y de categoría intelectual relevante, nuestra Academia de Alfonso X el Sabio, creada ya en 1939, lo llamó a su seno para ocupar una de sus vacantes; distinción esta justísima que él consideró y agradeció como un honor al que supo corresponder.

Aparte el personal esfuerzo físico que no regateaba para asistir a las sesiones periódicas y favorecernos con su ilustración y consejo, la Academia no olvidará nunca su organización y colaboración en los trabajos y publicaciones de la Sección de Ciencias de la lucida Asamblea, llamada «Semana Murciana» celebrada en esta ciudad y provincia en el año de 1961.

La ausencia definitiva de este hombre docto y bueno, saturado de experiencia, comprensión y caballerosidad, cuenta y contará mucho para las orientaciones de la Academia y la intimidad de nuestras sesiones.

Y es que, desgraciadamente, escasean ya tipos humanos tan respetables y simpáticos como el Doctor Loustau, entre nosotros; y cuando éstos nos faltan, nuestro duelo se acusa y se acentúa muy sensiblemente; porque la estela misma de sus virtudes y méritos, nos los está recordando y poniendo delante de continuo.

El humanísimo, el fino y cabal Don José Loustau, sabio sin orgullo ni empaque, bondadoso sin debilidad, serio sin acritud, recto sin claudicación, franco sin doblez, ha dejado aquí y donde quiera, una noble sombra y una huella indeleble ejemplar. Por haber sido un varón intachable, por los servicios que rindió a la Ciencia y a la tierra en que vivió, por su capacidad de trabajo, su amable sencillez, y su honradez modélica, bien merecía las palabras del gran Pasteur en elogio de aquel otro científico Sainte-Claire Deville: «Tus rasgos atrayentes, tu ecuánime carácter, tu inteligente sonrisa, el sonido de tu voz inalterada... nos acompañan y viven en medio de nosotros».

A. S.

"Prohibida la reproducción total o parcial sin consentimiento del autor"